

IV. HUMANISMO CRISTIANO

66. Lejos de querer determinar las opciones políticas y el voto en conciencia de cada uno de nosotros, queremos recordar algunos rasgos del humanismo cristiano que están en el trasfondo de esta carta y de lo que anhelamos para nuestra convivencia.

67. “La fe en Dios y en Jesucristo ilumina los principios morales que son el único e insustituible fundamento de estable tranquilidad en que se apoya el orden interno y externo de la vida privada y pública, que es el único que puede engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados”.¹ La vida social se debe ajustar al designio divino: “La dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana”.²

68. Como enseña el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia: “Ante las graves formas de explotación y de injusticia social se difunde y agudiza cada vez más *la necesidad de una radical renovación* personal y social capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia. Ciertamente es largo y fatigoso el camino que hay que recorrer; muchos y grandes son los esfuerzos por realizar para que pueda darse semejante renovación, incluso por las causas múltiples y graves que generan y favorecen las situaciones de injusticia presentes hoy en el mundo. Pero, como enseñan la experiencia y la historia de cada uno, no es difícil encontrar, al origen de estas situaciones, causas propiamente ‘culturales’, relacionadas con una determinada visión del hombre, de la sociedad y del mundo”.³

69. “En realidad, en el centro de la cuestión cultural está el sentido moral, que a su vez se fundamenta y se realiza en el sentido religioso”⁴. También en lo que respecta a la “cuestión social” se debe evitar “la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: “¡Yo estoy con vosotros! No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste.”⁵

70. En este hogar para todos, es lógico y razonable que cada uno de sus componentes aportemos lo propio con humildad y apertura. Es razonable afirmar que nadie tiene la verdad absoluta en aquellos ámbitos que, por su propia naturaleza, están sometidos a la libre decisión de las personas y las naciones. Pero a la vez, es razonable pensar que no todo da lo mismo ni que todo vale igual. Eso sólo lleva a la dispersión y a un relativismo individualista incapaz de generar comunidad ni de dar sentido a la casa común que juntos construimos. El uso de la razón nos permite buscar y encontrar la

¹ Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 2004, n.º 577.

² San Juan Pablo II, Encíclica *Centesimus annus*, 1991, n.º 55.

³ Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 2004, n.º 577.

⁴ San Juan Pablo II, Encíclica *Veritatis splendor*, 1993, n.º 98 y Encíclica *Centesimus annus*, 1991, n.º 24.

⁵ San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 2001, n.º 29.

verdad. Y es en comunidad donde la persona humana encuentra su plena realización, iguales en dignidad y complementarios en su realización.

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

- 1. ¿Reconocemos en los proyectos y programas de personas e instituciones algunos rasgos del programa? de Cristo?*
- 2. ¿En qué podemos colaborar para transformar la historia de Chile, nuestro hogar, a la luz de nuestra fe en Jesucristo?*